

Nuestro cinema

Título:

iHay algo muy podrido en el reino del cinema!

Autor/es:

Clair, René

Citar como:

Clair, R. (1932). iHay algo muy podrido en el reino del cinema!. Nuestro cinema. (4):105-108.

Documento descargado de:

<http://hdl.handle.net/10251/42797>

Copyright:

Reserva de todos los derechos (NO CC)

La inclusión de este artículo en el repositorio se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



PROBLEMAS ACTUALES

¡Hay algo muy podrido en el reino del Cinema!

René Clair ha sido el promotor del último «suceso» cinematográfico de Francia. Su artículo II y a quelque chose de pourri dans le royaume du cinéma, publicado en Le Temps, ha provocado un ligero escándalo en los medios cinematográficos parisenses, logrando remover un poco los miasmas de esa Prensa cinematográfica burguesa que tan adicta le ha sido siempre.

Sin embargo, es necesario reconocer que, más que sus acusaciones a un régimen político y a un capital que ejerce su suprema influencia sobre la producción cinematográfica, han sido las mutilaciones con que Le Temps publicó su artículo, lo que ha motivado más amplios comentarios y mayores protestas de adhesión a la postura de René Clair.

La esencia misma de su artículo, no es una cosa nueva en la Prensa cinematográfica independiente. Acusaciones mucho más violentas y más directas que las suyas las hemos visto nacer, con bastante frecuencia, en las páginas de L'Humanité y — como consecuencia — en las de Monde (actualmente en franca postura conservadora) y en las de la desaparecida Revue du Cinéma. ¡Claro que como bajo estas páginas no aparecía estampada la firma de René Clair, no lograron la difusión ni el efecto que ahora consiguieron las suyas!

Nosotros estamos junto a René Clair en ese momento en que habla de la insuficiencia capitalista para proporcionar al cinema su camino auténtico. No obstante, no podemos dejar de reconocer que su artículo, como su última obra cinematográfica — A nous la Liberté! —, están inspirados — uno y otra — en una posición de resabio hacia esa burguesía a la que el autor pertenece y de la que quiere evadirse. Toda la tesis «social» de su película y de su artículo descansa sobre una base esencialmente débil: la del hombre anarquizante que trata de esquivar un lastre que le molesta, pero que se mantiene, a pesar de todo, sin un contacto directo con el proletariado, que desconoce las necesidades por las que lucha la gran masa y que observa como un simple espectador las nuevas corrientes socialistas internacionales de hoy.

No obstante, traducimos el texto íntegro del artículo de René Clair — significando en letra cursiva los párrafos mutilados por Le Temps — para que nuestros lectores puedan juzgar objetivamente y reconocer la razón que nos guía al hacer a las palabras de René Clair las anteriores observaciones.

N. C.

Un decorado de "Viva la Libertad", último film de René Clair. Foto: Tobis-Filmofono.



...¿Qué es una buena película? Un empresario cinematográfico declaraba recientemente: «Una buena película, es la película que produce dinero». La condenación del cinema actual se concreta en esta respuesta. A excepción de algunos iluminados, todo cuanto vive del cinema, piensa como este empresario. Hacer dinero es una empresa en la cual no se debe mostrar uno demasiado escrupuloso en la elección de los medios: todos son buenos para el que quiera alcanzar

un éxito comercial, aunque este éxito se obtenga en perjuicio del público.

Pero este público, se preguntará el lector, ¿no puede ejercer su derecho de control? *, ¿acepta con gusto la mercancía que se le impone? Si es así, todo el mundo está satisfecho y toda discusión es inútil.

Todavía no. La acción del cinema no es la misma que la del teatro, y el Estado ha subrayado esta diferencia al someter al primero a una censura que no se ha atrevido a aplicar al segundo. Para justificar esta medida arbitraria el Estado invoca la influencia considerable del cinema sobre la gran masa. Pero si el cinema detenta una influencia tan grande sobre sus millones de espectadores, ¿se puede admitir que esta fuerza se abandone a algunos grupos financieros que tienen el derecho de embrutecer el espíritu público si esta operación les proporciona un beneficio material? El público es un niño siempre dispuesto a aceptar aquello que le divierte: a veces una obra excelente, a veces una estupidez. ¿Cómo esta gran masa dócil, por despertar, a la cual no se ha hecho nada — ni para formar su gusto crítico — podría defenderse contra el placer degradante que le proporcionan tantos productos fabricados en serie según las fórmulas más bajas? Cuando oímos decir: «¿Qué quieren ustedes que hagamos? Damos al público lo que le gusta...», pensamos que esta excusa condena el papel de los que la invocan. Nosotros no pedimos el reino de un cinema digno de las responsabilidades que su poder le da. ¿Por qué no hay una censura contra la estupidez como hay medidas de defensa contra el comercio de la morfina y otros estupefacientes? ** El espíritu de un pueblo ¿tiene, pues, menor importancia que la salud de su cuerpo? No es esto lo que nos enseñan los discursos ministeriales, henchidos de un idealismo inofensivo, pero tradicional.

La cuestión que se plantea aquí no afecta solamente al cinema. La radio, la televisión y todas las formas que la técnica nos dará se encontrarán con los mismos problemas. Estas enormes fuerzas ¿se dejarán a disposición de quienquiera que posea bastante capital para apoderarse de ellas? La libertad concedida en estas materias a la iniciativa privada es una caricatura de libertad: su efecto es imponer la dictadura absoluta de algunos grupos industriales o financieros en un dominio que no es solamente material ***. Es posible que el sistema económico y político que nos rige hoy día no permita otras soluciones; en tal caso es que el sistema no responde ya a las necesidades de nuestra época, y deberá ser modificado.

Para atenernos a la situación presente y a consideraciones más modestas, examinemos el estado actual de la cinematografía mundial. Dejando a un lado la producción soviética, cuyos fines y organización no son los mismos que en los países capitalistas, se puede decir que el sistema entero está paralizado por la concentración de algunos de sus medios en manos de algunas grandes firmas y por la estructura industrial que estas firmas han dado a una producción que necesitaba, ante todo, de libertad creadora para renovarse.

En nombre de los principios financieros y con el temor de comprometer un capital, los hombres de negocios que gobiernan el cinema rechazan la enorme riqueza que podía procurarse la utilización de las inteligencias jóvenes a las que concedieran crédito. Sin duda, no es indiferente ver a esos indus

* En este sentido, en Alemania y Francia se ha llegado a conclusiones más concretas y optimistas. Las asociaciones y grupos cinegráficos de avanzada no solamente creen que el público puede controlar una producción, sino que debe intervenir eficazmente en la sucesiva y procurar, por todos los medios posibles, que el gran público llegue a comprenderla y a rechazar lo que una minoría cetera declarase como indeseable. Rudolf Leonard, en una polémica celebrada en París el invierno último, se manifestaba en este sentido ante la proyección de *Trois pages d'un journal*, de Pabst, vilmente mutilada, primeramente por la censura capitalista de los financieros del film y después por la censura gubernamental de Alemania y Francia. (N. D. L. D.)

** «Por el mismo motivo que la cerveza es controlada y que el cervecero no puede introducir sacarina en lugar de azúcar, creemos en la existencia de un control cinematográfico...» (*Reforma del Cinema*, NUESTRO CINEMA, núm. 1, pág. 12. N. D. L. D.)

*** Véase: Juan Piqueras, *Itinerario de NUESTRO CINEMA*, en el núm. 1, y *Nuestro Itinerario: Política y Cinema*, en el presente ejemplar.



111679
Conrad Veidt y Charlotte Ander en "Rasputin", film alemán de Trotz. Foto: Gottschalk.

triales despreciar un suplemento de ganancias, pero como estas ganancias son el único interés que les liga al cinema, su desidia se nos aparece como la muestra de una incapacidad singular. No deberían olvidar, sin embargo, que fué gracias a la aportación de nuevos métodos, hecha por hombres nuevos—Mack Sennett, Ince, Griffith, Chaplin y otros—por lo que el cinema americano pudo conquistar, entre 1913 y 1917, la supremacía que ha conservado tanto tiempo.

Hoy el sistema establecido por los hombres de negocios y sus acólitos hace casi imposible toda manifestación de genio o de talento naciente. Este sistema representa la más perfecta organización de defensa contra las fuerzas desconocidas que podrían reanimar el cinema en decadencia.

El cansancio del público, comprobado en todos los países, no tiene nada de sorprendente para nosotros. ¿Qué progresos se han realizado desde hace cuatro años? Los primeros films sonoros—*La melodía del mundo*, *Broadway melodie*, por ejemplo—encerraban en sí más innovaciones que las que hemos podido descubrir en toda la producción que les ha seguido. Desde entonces, por rutina industrial, por falta de audacia, se ha aprisionado todo el cinema en las reglas del teatro filmado que no hubiera debido ser más que una de sus partes.

¿Puede ser modificado el régimen actual? ¿Hay alguna esperanza de que el cinema encuentre de nuevo su joven inspiración; el genio fértil que animaba su edad heroica? No es imposible. La crisis industrial ataca fuertemente a las grandes sociedades. Mañana es posible que no tengan crédito bastante para conservar el monopolio de una producción que exige inmensos capitales.

En este caso, la fabricación en serie, repartida entre unos cuantos consorcios, cederá el puesto al trabajo independiente de múltiples grupos. Hoy ya la producción cooperativa ha surgido en varios países (*). Según este método, un film se hace por la asociación de varios artífices cuya colaboración es útil; en esas empresas los «supervisores» y otros representantes del cinema industrial no tienen posibilidad de ejercer su poder absoluto. De aquí que estos films puedan ser concebidos y ejecutados con más libertad que los producidos bajo la disciplina ciega de las grandes Compañías. Sin duda, no serán todos los films de mérito—ningún sistema es capaz de crear un talento—, pero los hombres de talento tendrán, por este medio, ocasión de revelarse y de revelar al cinema mismo obras dignas de él y de su vasto auditorio.

R E N É C L A I R

Del público y su desorientación

Hoy no es admisible ya esa pregunta de vaguedad, que tanto preocupaba a nuestro Larra: «¿Quién es el público y dónde se encuentra?» De sobra sabemos quienes llenan los cines, para fingir un interés por averiguar lo que está a la vista de cualquiera. No es necesario ningún planteamiento previo del asunto, porque, en rigor, éste existe absolutamente en su verdad y seriedad; que es la mejor manera de existir, de ser. Sin rebuscamientos ni mentiras de antecedentes inútiles.

El público de los cines se compone de la más heterogénea masa ciudadana. Es un coincidir de curiosidades diversas para disfrutar en común de la sugestión del arte del film. Todos los variados tipos de gentes que en un rato de observar callejero desfilan ante nosotros, gustan del juego de la magia que les ofrece la pantalla en sus proyecciones de cosas y hechos, siempre atrayentes.

* Como abono a su opinión, he ahí el magnífico ejemplo de *Muchachos de uniforme*, realizado en estas condiciones, con la cooperación de una empresa que cedió sus estudios; de un autor que ofreció su obra; de un realizador—realizadora esta vez—, de unos intérpretes, de unos técnicos y unos obreros que dieron su trabajo. (N. D. L. D.)